

gar a todas las clases de hombres viajar es la mejor forma de hacerlo». En ésto sí había hecho diana el florentino, pero no el británico, porque éste, que siempre había burlado con astucia la policía de aduanas de los lectores y había colado limpiamente el precioso contrabando de sus obsesiones, angustias y esperanzas, camuflando hábilmente su código ético y moral de estremecimiento policiaco, inquietud de aventura o escalofrío de espionaje, ha sido sorprendido esta vez con las manos en la masa. Le ha fallado el doble fondo tan profesionalmente preparado en anteriores ocasiones y no ha acertado al elegir el disfraz adecuado, porque el de caballero andante con escudero y viajes de aventuras con sabor a «santa canalla», además de quedarle grande a cualquiera, había sido ya utilizado magistralmente. Los Quijotes de ambos escritores comparten además de nombres, viajes, aventuras, quebrantos y muerte, una misma espina dorsal: el diálogo, pero mientras el de la obra cumbre de nuestra literatura se hace una misma sangre y una misma carne con los ambientes, las aventuras, los olores y los personajes, cuajando una realidad que respira, el de Greene se queda solo, tan aislado de todo lo demás, tan desarropado, que ni siquiera puede cubrirse a sí mismo y se delata enseguida como lo que es: un monólogo de ida y vuelta. El párroco del Toboso, padre Quijote, ascendido en el eclesiástico escalafón a la dignidad de Monseñor, en virtud de un fortuito encuentro con un obispo increíble, y el exalcalde comunista de la misma villa, llamado familiarmente Sancho por aquél, y degradado ahora a la condición de votante de a pie por las arteras maniobras de algunos convecinos, que no han escatimado especias para condimentar el guiso de su destitución, prestan sus personas y sus voces a este «solo» de Greene.

El despido y el ascenso han unido unos destinos que nunca estuvieron separados y a los que un jumento de cuatro ruedas, por nombre Rocinante, llevará por carreteras y paisajes en los que el faraónico Valle de los Caídos y el sencillo nicho del Rector Perpétuo serán el contrapunto. El cuadro ya está completo.

Américo Castro afirma que: «El Quijote expresa el ocaso de la España heroica»; a partir de esta acertada afirmación, Aranguren se pregunta qué hacer en un mundo de esa naturaleza, antiheroico, en el que las hazañas son una quimera. «¿Dónde pueden seguirse cumpliendo?». El

mismo Aranguren nos recuerda que la respuesta, sorprendente y certera, la dio el glorioso manco: en el interior de uno mismo. Era paradójicamente, todo es paradoja en la obra, una respuesta heroica frente a un mundo que trillaba el heroísmo, la respuesta precisa que transformaba la derrota en victoria, que hechizaba a los hechizos. En efecto «los encantadores» podrán convertir en humo las hazañas del de la Triste Figura, podrán derrotarle mil veces, incluso él mismo podrá dudar de sus aventuras, pero nadie podrá arrebatarse su voluntad de heroísmo, su «ánimo esforzado» para decirlo con palabras del filósofo catedrático. Ahora comprendemos por qué Descartes encuentra su sitio al final de la novela. También él prevaleció contra los encantamientos, su «pienso luego existo» le protegía, era su talismán frente a la duda. A él tampoco podían arrebatarse del todo, por eso Greene le ha situado en la novela como situó a aquél «cuyos ojos expresaban la ferocidad y la arrogancia del genio señor», al negador del atroz «viva la muerte», al hombre-duda frente a la eternidad. Duda-heroísmo; he aquí el binomio de la novela, el imán que ha atraído a Greene hacia Cervantes. Sí, Greene sigue planteándose en **Monseñor Quijote** el interrogante sobre el sentido de la existencia humana, sobre su fin último; la duda será no sólo lo que convierta a aquélla en agonía, en su sentido literal de lucha, sino también la que trace «la frontera», viga maestra en su obra de creación literaria, y que tiene su origen en la niñez del escritor. La decisión de cruzar esa «frontera», desde la que se intuye una salvación que nunca se confirma, y de alzarse sobre sí mismos, es lo que transforma a los personajes del eterno aspirante al Nobel en auténticos héroes griegos. El autor de **El Factor humano** es, como se sabe, un católico atípico, más cercano a la verdad del Evangelio que al Catolicismo de Estado, del que marcó distancias sentenciando: «mi deslealtad me ha salvado». Decimos todo esto porque la explicación que Monseñor hace del Misterio de la Trinidad, sirviéndose de botellas de vino y otorgando sólo media al Espíritu Santo, su incredulidad en el Infierno y los alfilerazos de la duda sobre la existencia de su creador, componen un espejo en el que se refleja nítidamente un Greene negador de los fuegos eternos y desdenguado de la certeza sin fisuras. Pero la duda en esta novela no se proyecta sólo hacia la trascendencia, también se ancla en la vida y cuestiona la fe

de aquéllos que únicamente la tienen puesta en la tierra. En efecto, aquel Greene comunista fugaz, que condenó el stalinismo y entregó su carnet pero no sus simpatías, sigue interesado en los paraísos terrenales prometidos. Y es así como surge el diálogo entre el monseñor y el exalcalde comunista. Un diálogo mil veces repetido en la obra de nuestro escritor. Un diálogo en el que los antagonismos sempiternos e irreconciliables se confrontan y purifican mutuamente porque Greene vislumbra en ellos un cierto paralelismo complementario de ideales y esperanzas, al que socava una misma duda. Sí, hemos reconocido el dobleamiento de Greene desde el principio. No ha podido engañarnos. Le hemos sorprendido hablando a solas delante del espejo, no hemos necesitado agudizar el oído. Era una sola voz la que sonaba. Ya decíamos al principio que **Monseñor Quijote** podía haberse subtítulo **Conversaciones conmigo mismo**. El peto-armadura del eclesiástico, sus calcetines morados, el mesón-prostitibulo, los brazos-aspas de molino, el atracador-galeote, el sambenito de la locura no bastan, no engañan a nuestra imaginación, no camuflan la vista de un Greene ventrílocuo. Sin duda el disfraz elegido era demasiado grande, las sutiles puntadas con que Cervantes fue cosiendo la transformación psicológica de D. Quijote y Sancho, hasta culminar en la metamorfosis de la quijotización de Sancho y la sanchificación de D. Quijote, han sido descuidadas por la prisa de Greene. Prisa que se reitera en la aparición del exalcalde Sancho. D. Miguel de Cervantes, por contra, nunca tuvo prisa. Supo esperar el momento oportuno para presentarnos al inolvidable escudero, sentando así las bases de una verosimilitud narrativa a toda prueba. A Greene le ha perdido la prisa, y así lo que tenía que ser «un engaño a los ojos», como lo es **El Quijote**, salta aquí a la vista, aunque «el afán por creer», que empuja «el ánimo esforzado» de Greene, haya elevado una vez más a sus personajes y los haya hecho cruzar de nuevo «la frontera», al tiempo que él mismo lo hacía. Mientras dudamos existimos, no somos un sueño, nos dignificamos, y puede que entretanto hasta las utopías dejen de serlo algún día. Este es el mensaje de Graham Greene, porque no hay que olvidar que la obra de casi todos los grandes escritores suele ser una obsesión repetida.

Esteban M. PERAILE GOMEZ